

## Dios y el César...

(Viene de la página 252)

que republicana, ni más moderada que radical, ni más defensora de la propiedad privada que del régimen socialista. Cuando los fariseos le plantearon la cuestión del tributo, Jesús, sin tocar siquiera la moneda, separó de los asuntos terrenales el reino que no es de este mundo. Al César, lo que es del César. *Quae sunt Coesaris Coesari*. Y a Dios lo que es de Dios.

"Hay quien tiende hoy, como en el régimen fascista, a convertir al César en Dios, haciendo omnipotente al Estado, sin respetar en el individuo las santas libertades de la conciencia, del pensamiento y de la palabra. Hay quien aspira, por el contrario, a hacer de Dios un César; de la religión, un instrumento de dominio, y de los pastores de almas, autoridades oficiales con influencia en los ministerios y bastón de mando en vez del cayado evangélico.

"La libertad es la atmósfera en que respira el alma. El alma sólo es de Dios. Y Dios sólo es del alma, y no podemos en su nombre, sin profanarlo, intervenir en los negocios mundanos y en las contiendas políticas.

"La religión cristiana, vuelo de la mente hacia la luz, ansia infinita del corazón, no prejuzga ningún problema de estruc-

tura del Estado u organización de la sociedad. Mejora al hombre interior, engendra dentro de cada uno al hombre nuevo, y como al anciano Nicodemo, nos hace nacer otra vez, dejando luego que el individuo y la colectividad, así regenerados en espíritu, resuelvan libremente los problemas de la vida terrena.

"Ciertamente es, sin embargo, que esa interna actitud del alma religiosa, sedienta siempre de verdad y de amor, siempre descontenta de la realidad grosera y aspirando siempre a más claros y libres horizontes, concuerda bien con los ideales de renovación política y social sustentados hoy precisamente por los hombres de quienes por desgracia parecemos más alejados nosotros, los ministros del Evangelio"...

Así escribía, entre otras cosas del mismo tono, el señor obispo de Luceria. A veces quedábase unos instantes con la pluma en alto contemplando a través de las gafas, por la ventana de su celda de trabajo, el huerto contiguo, donde unos almendros, que como los lirios de la parábola ni hilaron ni tejieron, se habían cubierto de su blanca, fragante vestidura, anunciando ya la primavera...

Luis de Zulueta

## Las nuevas colonias

= Envío del autor =

Nunca la vida internacional había sido tan presionante como hoy. Las grandes naciones sufren una conmoción interna sin precedentes y cada uno de los fenómenos económicos que las torturan repercute en las naciones débiles. Nuestras repúblicas indefensas de Sur América, lo mismo que Australia o que los pueblos del Africa, están pagando los errores y los excesos, el alto *standard* de vida y las ambiciones de los Estados Unidos o de Inglaterra. Las naciones que quedaron sometidas por el tratado de Versalles, alimentan ahora los sótanos del Banco de Francia. En medio de una paz aparente no puede vivirse una vida más angustiosa. Los hechos económicos han superado toda la filosofía en que se creyó fundar la independencia y la libertad de las naciones. Las deudas han instaurado un nuevo sistema de colonias, y los pueblos que avanzaban alegres y confiados han tenido que detenerse, en medio del camino de la vida!, para mirarse en el hervidero de los créditos trazados por el demonio del oro.

Al favor de la guerra europea los pueblos cobraron un impulso: el impulso de producir intensamente para salvar el déficit que dejaban los países sustraídos al ciclo de las cosechas. Crecieron y se extendieron hasta tocar con los bosques los trigales del Canadá, se aumentaron los

cañaduzales de Cuba, se multiplicó la potencia industrial de los Estados Unidos. Pasó la guerra, pero el impulso siguió latente, y han venido a producirse muchas más cosas de las que el mundo alcanza a consumir. Los almacenes de todos los puertos están repletos de granos. La venta adquiere hoy las proporciones de una ofensiva en que el que necesita vender algo no se detiene a considerar los precios que le ofrecen. En el curso de unos pocos meses, Rusia ha hecho tres guerras: la guerra del trigo, la guerra del manganeso, y la guerra de la pulpa de madera. Ahora se organiza para la guerra de los fósforos y para la guerra del algodón. Los Estados Unidos no quieren sino vender, y quieren vender Inglaterra y Alemania y todas las naciones de la tierra. La consecuencia de esto ha sido comprimir a las naciones que simplemente producen materias primas, a los pueblos débiles que pagan con granos sus deudas y sus máquinas, y convertir a unas pocas monedas el esfuerzo imponderable que han gastado ellas en coleccionar la inmensidad de sus cosechas.

El comercio ha venido recogiendo. En poco tiempo las importaciones de Colombia se han reducido a la mitad, a la tercera parte las de Australia, a la quinta parte las de Cuba. Pero estos países que ya no tienen sino para comprar una mitad o un

tercio o un quinto, pagan esa mitad o ese tercio o ese quinto como si fueran la misma unidad, exportando poco menos que cuando tuvieron precios equitativos para sus productos. Sólo que si el trigo ha perdido hasta dos tercios de su valor, y un tercio el café, y así todas las materias primas, las locomotoras y los automóviles siguen valiendo lo mismo. Es la riqueza de las colonias que cruza los mares para alimentar a las naciones dominantes.

El *standard* de vida del obrero americano es el más alto del mundo. En Norte América todas las gentes necesitan tener radios, automóviles y estilógrafos: la mayor suma de juguetes y de baratijas, para crear el paraíso artificial, y hacerle creer al dueño que es feliz. Norte América necesita los altos salarios. Pero los altos salarios los pagan las colonias. Los paga la América del Sur dándole un tanto por ciento más de granos por cada máquina que importa..

Bajo el fulgor de la prosperidad o en la hecatombe de la victoria de Versalles se hicieron las deudas más grandes que haya podido imaginar el hombre. Pagar los intereses es trabajo superior a todo esfuerzo humano. Apresuradamente se rectificaron el año pasado todos los presupuestos de gastos en los países débiles, pero ni el flajelo de las economías, ni la severidad de los impuestos parecen ser suficientes para cubrir las obligaciones. Los bancos centrales han tenido que desprenderse de su oro. Y lo mismo que España en el tiempo de los Carlos y de los Fernandos, Francia recoge y paraliza hoy el treinta por ciento del oro del mundo, y los Estados Unidos hacen lo propio con el cincuenta por ciento. Y Australia ha tenido que desprenderse de mucho de su oro para pagarle a Inglaterra, y lo propio le ha ocurrido a la Argentina, y de Colombia han salido ya treinta millones para los Estados Unidos.

El crédito se ha recogido como el resorte mecánico que cierra de golpe una puerta. Se cerró el crédito en el día y a la hora en que cada país se había empeñado en obras que le permitieran cierto adelanto. El adelanto que buscaban para borrar en parte las diferencias abismales que la prosperidad creó entre los pueblos débiles y las grandes naciones. Y en la conciencia de los pueblos deudores se hizo la verdad de que el ritmo de sus esperanzas y de sus ambiciones, la realidad de sus potencias y de sus capacidades, tenía que moverse al compás de la buena voluntad de los prestamistas. Como ocurría cuando la voluntad de los pueblos no estaba ni siquiera en la cabeza del Virrey de Santa Fé o del Virrey de Lima, sino en las remotas cortes de Madrid.

Como la última expresión de todo el proceso se han levantado las tarifas de aduanas. Las tarifas son murallas más gruesas, más altas y más resistente que las murallas de la China, pero pueden construirse y enerrar todo un gran país en veinticuatro horas. Las tarifas son la carga definitiva que se pone sobre la materia prima de los